FERNANDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

GUSTAVO BAZ.

Representada por primera vez con extraordinario éxito
en el Teatro Principal, la noche del 19 de Agosto de 1874,
á beneficio del actor D. Juan Reig.

MEXICO.

IMPRENTA DEL "ECO," CALLE DE VICTORIA NÚMERO 16.

1874.

Derecho de representacion, impresion y reproducion reservado.

A VICTORIEN SARDOU.

Al leer por primera vez vuestra comedia, *Fernanda*, no pude vencer el deseo de trasladarla á nuestra escena, sorprendido de su original y nuevo argumento, de sus situaciones eminentemente dramáticas, de sus caracteres pintados con mano maestra y de la hermosa utopia que proclamaba. Pero la empresa tal como la concebí al principio era irrealizable en nuestro teatro. Relajado como está el gusto de nuestro público por los escritores de cierta escuela predominante en España, que no solo sigue una forma tradicional é inverosimil, sino que defiende principios muertos ya para la discusion, teniendo en cuenta los pocos recursos que tiene nuestra escena y que hacen imposible las representaciones de obras de cierto aparato y de cierta magnitud; comprendiendo que nuestras costumbres aún no permiten ciertas pinturas eminentemente realistas sino al través de un velo, me decidí á hacer una imitacion de vuestra obra, procurando conservar todo su interes, su argumento y sus situaciones, amoldándola á las necesidades de nuestra escena.

Para ello, preciso fué suprimir el primer acto variando en algo la exposicion, escluir á todos los personajes episódicos, simplificar la accion y hacer abstraccion completa de ciertos caracteres que nuestro público no podia comprender.

Sé muy bien que las prácticas del teatro me autorizaban para llamar á esta imitacion obra criginal mia; pero un sentimiento de justicia, un escrúpulo de equidad me obligan á poner al frente de

ella el nombre de su verdadero autor. Las obras dramáticas pueden juzgarse bajo dos faces distintas cuando se trata de registrar su orígen, la intencion y la forma: en esta imitacion á vos pertenecen la intencion, los caracteres, las situaciones, y á mí el modo de desarrollar y exponer la trama, el diálogo y quizá algunas alusiones á nuestras cosas y á nuestra sociedad, de modo que en México como en Paris sois el autor de esa hermosa sátira intitulada *Fernanda*, que ha venido á plantear un nuevo dogma en el terreno de la socicología.

No fué por cierto una falsa pretencion la que me ha guiado en este trabajo, no intenté mejorar el original que imitaba como lo hicieron Corneille y Moreto en las décadas de oro del teatro, como lo han hecho en nuestros dias Tamayo y Baus y Blasco; quise únicamente dar á conocer á nuestro público una obra maestra y amoldarla a su modo de sentir para que la comprendiese mejor, y semejante tarea puede compararse á la que se toma el que escribe para los ciegos, que graba los mismos caracteres que se usan en la escritura comun, pero realzándolos de un modo peculiar y apropiándolos á las necesidades y á los recursos de aquellos séres.

Ninguna ocasion mejor que esta para saludar al gran dramaturgo cuyo nombre nos ha servido de bandera en la lucha que hemos tenido que sostener en contra de los defensores del *padre nuestro* y las *redondillas* en el teatro. Vuestras obras han sido puestas frente á frente de las obras de los poetas *neo-católicos*, vuestra escuela nos ha servido para combatir falsas tradiciones y formas arbitrarias en la dramática; el triunfo se ha dilatado; pero en Francia lo mismo que en México y España no predominará en el teatro sino aquella escuela que inspirándose en la verdad, tenga por ley suprema la verosimilitud, pinte la sociedad tal como es y tenga por fin moral descubrir sus úlceras y combatir sus preocupaciones.

Vos que habeis sido su mejor apóstol en el Teatro francés, recibid los aplausos y las felicitaciones del mas humilde sectario de ella y del que á pesar de su insuficiencia trabaja incesantemente por cimentarla en el naciente teatro de su país.

GUSTAVO BAZ.

PERSONAJES.

ANDRES ..... *Sr. D. Juan Reig.*
CLOTILDE ..... *Srita. M. de J. Servin.*
FERNANDA ..... *Sra. Salvadora Cairon.*
FELIPE ..... *Sr. D. José Valero.*
ROSA ..... *Srita. Luisa Salgado.*
TERESA ..... *Sra. Josefa Ramirez.*

EPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO.

Salon cerrado.—Puerta en el fondo, ventana á la derecha, chimenea y puerta á la izquierda En el pasillo del fondo puertas.—Sofá frente á la chimenea, velador junto al sofá, mesa con albums, timbre, periódicos etc. etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE. ROSA.

(*Clotilde aparece escribiendo en el velador, Rosa entra de la calle precipitadamente.*)

ROS.—¿No ha venido Felipe?

CLOT.—¿Tu marido?

ROS.—Sí, mi marido, sí.

CLOT.—Bien ves que nó.

ROS—Segura estaba yo de.....

CLOT.—¿Pero qué te pasa?

ROS.—Tú siempre me estás acusando de ser una celosa ridícula, pero lo que es hoy tengo razon para.....

CLOT.—¿Para qué?

Ros.—Para estar furiosa. Felipe salió á las diez prometiéndome volver á las tres, son ya las cinco y todavía no vuelve.

Clot.—Le tendria entretenido algun negocio.

Ros.—La misma cantilena de siempre, los negocios, los clientes esas son las tapaderas de sus picardías. Va alguna mujer á buscarlo y es una cliente, le encuentro en los bolsillos el retrato de alguna novia insípida y es una cliente, me oculta un billete perfumado y es de alguna cliente que pide separacion de bienes y de cuerpos y con semejantes pretestos el caso es que se separa de mí mas de lo que debe..... ¡Malditos clientes! Malditos negocios y maldítos.....

Clot.—Por Dios hija, repara que tu marido no es ya un niño.

Ros.—Por lo mismo que es un gallo con tamaña cresta, no vivo en mí. Su pasado es atroz, figúrate si un hombre que enamoró al mismo tiempo á una viuda y á sus cinco hijas será capaz ó no de.....

Clot.—Vamos Rosa, aprende á mí, hace seis dias que Andrés mi futuro como quien no dice nada, se ha marchado á un paseo campestre, y yo ni hago suposiciones ni tengo celos ¿para qué me habia de atormentar inútilmente? El dia que tenga una sospecha procuraré averiguar la verdad; pero mientras.....

Ros.—Es que yo tengo celos hasta del pasado de Felipe, de su bochornoso y horrible pasado! Ademas como yo no tengo tu experiencia, como yo no soy viuda ni conozco á los hombres como tú los conoces, qué quieres, desconfio de todo..... de todo, prima.

Clot.—Me das risa.

Ros.—Rieto cuando quieras, pero dime, ¿que harias si Andrés te engañara?

Clot.—(*ap.*) (Qué recuerdo..... disimulemos) (*alto*) Eso es imposible.

Ros.—No tanto, y si no pregúntaselo á la Sra. Brionne,

Clot.—¿Y qué le he de preguntar?

ROS.—Lo que decia ayer al fátuo de su hijo, cuando entré á su casa.

CLOT.—¿Qué decia? á ver?

ROS.—Al entrar á la sala oí que decia á su hija con cierto tonillo no muy caritativo. Lo que es ese mentado matrimonio no se ha de llevar á cabo.

CLOT.—Y de eso ¿qué se infiere.....?

ROS.—Y él replicó: lo siento por Clotilde porque al fin su reputacion está comprometida:

CLOT.—¿Cómo?..... ¿Y qué mas?

ROS.—Al verme variaron de conversacion y hablaron de lo que hablan siempre de si fulano es mas buen mozo que zutano, de sí él ha logrado inspirar con sus bigotes atusados y su enorme piocha una pasion á zutana; de sí tal sastre es mejor que aquel, fatuidades hija, fatuidades, no hay cosa que me cargue á mi mas como los hombres que se creen bonitos.

CLOT.—[*distraida.*] (*ap.*) [Mi raputacion comprometida..... Ya me lo sospechaba)

ROS.—Me dijeron ademas que habian visto á Andrés en un coche ayer á las cuatro, yo les porfiaba que era imposible; que estaba en el campo, pero ellos no se convencieron y pensaban que se paseaba de incógnito huyendo de tu amor y de tu casa.

CLOT.—(*ap.*) (¡Oh! lo mismo que me habian dicho.) Esas son calumnias, Rosa, calumnias, de cierta gente que envidia la felicidad agena, hoy mismo he recibido una carta de Andrés, y para confundir á todos los que me han dicho semejante cosa he preguntado por el telégrafo á una antigua criada mia que sirve hoy en la posada del pueblo.

ROS.—Muy bien hecho, así al menos sabrás la verdad.

ESCENA II.

DICHAS Y FELIPE.

FELIPE.—Clotilde buenos dias; Rosario acabo de ir á buscarte.

ROSA.—¿De dónde viene usted señor mio?

FELI.—Vas á reñirme ¿y por qué?

ROS.—Porque á esta hora los abogados no tienen negocios y es muy bochornoso para una mujer tener que buscar á su marido en la casa ajena:

FELI.—¡Bah! ¡Bah! Tus tonterias de siempre no faltaba mas sino que me estuviese encerrado en mi casa como un pájaro en su jáula.

ROS.—No es usted mal pájaro.

FELI.—Pero hija.....

CTOT.—No seas tonta.

ROS.—¿A dónde has ido?

FELI.—A tomar mi billete para el ferro-carril, á despedirme de mi cliente, á recoger cartas de recomendacion para el alcalde, el juez, el cura y el boticario, de ese poblacho adonde me voy á enterrar vivo por tantos dias, me parece que un hombre que va á ocuparse de una causa criminal en una aldea, tiene derecho para pasearse y para tomar el fresco.

ROS.—¿No me engañas?

FELI.—Te lo juro.

CLOT.—¿Te contentas?

ROS.—Sí, y ahora que me acuerdo voy á arreglar tus maletas. No tardes mucho.

FELI.—No, pierde cuidado.

ROS.—Hasta luego Felipe, adios Clotilde. (*Váse.*)

ESCENA III.

CLOTILDE, FELIPE.

CLOT.—Preciso es confesar que te idolatra.

FELI.—Y yo á ella; pero dime, ¿no sabes nada de Andrés?

CLOT.—Hoy recibí carta suya: pero francamente tengo mis sospechas, hay quien asegure que todo es una farsa, que me está engañando, que sé yo. El caso es que yo dudo.....

FELI.—¡Bah! ¡Bah! prima, bien dicen que el mal ejemplo es contajioso tu ya estás siguiendo el de mi mujer.

CLOT.—No, yo no, no tengo sino sospechas, mas hablando de otra cosa ¿sabes que tengo una protegida?

FELI.—¡Una protegida! ¿Y quién es prima?

CLOT.—Esta mañana mi carruaje estuvo á punto de matar á una jóven pálida y descompuesta, aunque bien vestida, que se arrojó delante de los caballos con el objeto de ser atropellada. El cochero se detuvo á tiempo, y yo la hice subir y la conduje á su casa, una especie de casa de huéspepes donde habie multitud de personas, que entretenidas en el juego, no repararon en mí. La dueña se llama la Sra. Antolf

FELI.—La Sra Antolfl

CLOT.—Sí.

FELI.—¿Y tú entraste á esa casa?

CLOT.—Sí.....¿qué tiene de particular?

FELI.—Prima no vuelvas allí.

CLOT. —¿Por qué?

FELI —Porque es una de esas casas que la policía autoriza con el

nombre de *mesas redondas*, y que la moral condena bajo el nombre de *garitos*.

CLOT.—¡Cómo!

FELI.—Sí, una de esas casas donde la relajacion se oculta bajo el antifaz de una lícita especulacion y á donde no van sino los que buscan la fortuna en un *as* á la puerta ó en una *sota*, y las mujeres sin padres ni esposos, ni hermanos.

CLOT.— Pero esa jóven tenia un aspecto tan sencillo, tan candoroso.....

FELI.—Tal vez sea una de esas desgraciadas á quienes despues de ser víctimas de la miseria, la sociedad condena porque no nacieron con fortuna ó no encontraron una mano caritativa que las salvase del hambre y de la desnudez.

CLOT.—Ella prometió venirme á ver, contarme sus desgracias, y aceptar cualquier trabajo con tal de salir de aquella casa; pero tus informes me han alarmado, y no sé cómo hacer para.....

FELI.—No le niegues tu proteccion, tal vez sea una de tantas infelices que han perdido la honra, pero no el pudor..... quien sabe.....; pero de cualquier modo que sea, ni la tengas á tu lado ni vayas mas á esa casa. En nuestro tiempo y en nuestra sociedad, las malas acciones suelen parecer buenas, pero las buenas siempre parecen malas. Pocos se niegan á arrojar una limosna en el platillo de la caridad pública, todos quieren aparecer filántropos hablando de hospicios, de asilos, de hospitales; pero pocos, muy pocos prima mia, son los que socorren los males aislados y las miserias ocultas; los que levantan al caido, y los que dan de comer al que se muere de hambre en silencio. Para obtener un miserable óbolo se necesita pedirlo á gritos en las plazas públicas satisfaciendo con eso la vanidad de los transeuntes, y como lo que tu has hecho no está de moda, ni lo hace cualquiera, los que te vean con esa mujer en vez de creer que la has salvado, creerán cuando me-

nos que te sirves de ella, repitiendo aquel adagio de *Dios los cria y ellos*.....

CLOT.—Pero el caso es que va á venir.

FELI.—Recíbela por primera y ultima vez, sálvala si puedes y olvidala, (*viendo su reloj*). Pero ya es tarde, adios prima hasta la vuelta, entre tanto, cuida de mi mujer y de sus celos.

ESCENA IV.

DICHOS Y TERESA.

TER.—Señora, una jóven á quien usted citó esta mañana, desea verla.

FELI.—¿Será.....?

CLOT.—Sin duda.

FELI.—Pues te dejo sola con ella y no olvides mis consejos. Adios prima. (*se vá Felipe*),

CLOT.—Hasta la vista. (*A Teresa.*) Dile que pase. (*Vase Teresa*).

ESCENA V.

CLOTILDE, FERNANDA.

FER.—Señora buenos dias.

CLOT.—Pase usted hija, pase usted; pero está usted temblando. ¿Por qué?

FERNAN.—Venia dispuesta á contar á usted todas mis desgracias, pero lo creo inútil; la persona que acaba de salir de aquí.....

CLOT.—Quien ¿Felipe mi primo?

FELI.—Sí, ese caballéro si no conoce mi desventura, si sabe mi deshonra, y tal vez ni mis lágrimas, ni mis protestas pudieran borrar la mala impresion que causarian en usted sus informes.

CLOT.—Felipe conoce á usted ¿y de dónde?

FER.—Tuve que intervenir en un embargo en la casa donde yo sirvo. Al salir de esta sala me vió, é indudablemente hubo de conocerme, porque al tiempo de saludarme vagó por sus labios una sonrisa, no sé si de burla ó de compasion.

CLOT.—Pierda usted cuidado, precisamente Felipe acababa de aconsejarme que protejiese á usted.

FERN.—Dios se lo pague!

CLOT.—Pero usted ha prometido contarme sus desgracias, vamos á ver Fernanda, hable usted, ¿qué misterio es ese que la hace derramar lágrimas á los diez y ocho años?

FERN.—Señora, siendo todavía muy niña, me encontré un dia con que mis padres habian muerto del cólera, con que el casero sacaba los muebles de mi casa y con que una señora que entonces me pareció un ángel y despues me ha parecido un verdugo, me recojia y me llevaba á su casa. Al cumplir los quince años mi juventud y mi honra fueron puestas en subasta publica, y desde entonces siento una opresion en el pecho que me mata, siento que las sollozos me ahogan y ¿porque no le he de decir? todavía no encuentro una persona que crea que mis lágrimas son sinceras!..... Usted me ha prometido salvarme de este infierno..... me ha reconciliado con la vida..... gracias, gracias, aceptaré gustosa cualquier trabajo, cualquier sacrificio, porque cuando yo veo á esas mujeres que se llaman honradas que se pasean con el rostro alegre y la risa en los labios, me digo á mí misma, yo que no he reido nunca:

Mira Fernanda, esas mujeres no deben tener oprimido el pecho, ni anudada la garganta, no deben apetecer la muerte, no deben sentir este vacío horrible que tu sientes.

CLOT.—(*Ap.*) (Infeliz). Vamos, cálmese usted. Facil nos será encontrar un medio..... cambiando de nombre y solicitando lecciones..... ¿sabe usted algo?

FERN.—Lo único que he podido aprender es la música.

CLOT.—Con eso basta.

ESCENA VI.

DICHAS Y TERESA.

TER.—Señora, aquí traen esto del telegrafo.

CLOT.—(*Ap*). (La respuesta!) (*leyendo*). «El Sr. D. Andrés volvió á esa hace cinco dias.» ¡Cinco dias!

TER.—(*Ap. á Clot.*) Las paredes oyen.

CLOT.—(*Ap.*) (Cierto.) Fernanda suplico á usted que me espere allá adentro..... Llévala Teresa.

FERN.—Esta ustad pálida,..... ¿que tiene usted?

CLOT.—Nada..... Es que he recibido una noticia..... agradable..... Pero vaya usted, despues hablaremos (*vánse Fernanda y Teresa*).

ESCENA VII.

CLOTILDE SOLA, DESPUES TERESA.

CLOT.—(*Leyendo.*) Hace cinco dias!..... y no ha venido á verme..... y me ha engañado..... Ah! es un ingrato..... todo ha concluido entre los dos.

TER.—(*Entrando.*) Señora..... señora..... ahi está.....

CLOT.—(*Sobresaltada.*) Andrés?

TER.—Si,

CLOT.—Que entre..... no..... si, que entre; pero dime ¿estoy descompuesta, se conoce que he llorado?

ANDR.—(*Adentro*) Clotilde!

CLOT.—Ah! Retirate (*á Teresa*) Hoy he de averiguar la verdad.

ESCENA VIII.

CLOTILDE, ANDRES.

CLOTILDE.—Andrés ¿tu por aquí?

ANDRES.—Acabo de llegar.

CLOT.—Conque acabas de llegar?

ANDR.—Ya lo ves.

CLOT.—En verdad no te esperaba..... pero sientate y hablemos. ¿Qué tal de viaje? ¿Te has divertido?

ANDR.—No mucho. Mi mayor diversion consistia en recorrer la campiña á la hora del crepúsculo, pero las noches, las pasaba triste, la sociedad del pueblo me aburria y ademas tenía que acostarme temprano.

CLOT.—¿Y de mí no te acordabas?

ANDR.—¡Oh! sí.

CLOT.—Puede ser que no!

ANDR.—No te comprendo.

CLOT.—Pues me vas á comprender. Cuando te marchaste me dije, hé aquí una gran prueba, hace tres años que nos amamos hace tres años que apenas me vi viuda, rica y dueña de mis acciones

cuando conocí á Andrés y le correspondí, de entonces acá nuestras relaciones no se han interrumpido un solo dia, de modo que esta ausencia va á presentar de bulto el grado de cariño de cada uno y.....

ANDR.—Y qué?

CLOT.—Déjame concluir. Tu última carta es una carta muy fina, muy galante, pero demasiado fria para ser de un enamorado.....

ANDR.—Pero Clotilde!

CLOT.—Me dejarás acabar. No parece sino que te voy hacer recriminaciones.

ANDR.—Imitaré tu tranquilidad, aunque es este un asunto que nos interesa demasiado.

CLOT.—Estoy tan tranquila, porque al fin me veo libre de un enorme peso. Yo no tenia mas que un temor y era que mi ausencia te fuera dolorosa, que mi olvido.....

ANDR.—Tu olvido! qué dices?

CLOT.—Pero á Dios gracias, la prueba está hecha, me abandonaste sin pesar y que yo sin pesar te ví partir, de modo que puse un punto final á mis dudas.

ANDR.—Pero..... piensa en lo que dices.

CLOT.—Quieres que sea franca? Pues bien, no hay cosa mas natural como que dos amantes que por adorarse empezaron, concluyan simplemente por estimarse. Hé aquí lo que me ha pasado. Hace tiempo que notaba que no me causabas la misma impresion que antes, mi corazon ya no palpitaba al ruido de tus pasos ó el eco de tu voz, te veía con agrado, pero nada mas con agrado; en fin, ya no sentia aquella inquietud que se tiene cuando tarda la persona amada; aquella emocion, aquella timidez que nos embarga á su presencia. Te estimaba, te respetaba; pero como se estima, como se respeta á un amigo. Perdóname Andrés, pero al fin he visto que tú y yo nos podriamos separar sin pesadumbre, y por eso me he atrevido á decírtelo, que si no, si me hubieras echado de menos, yo te

juro que te finjiria lo que no siento por hacerte dichoso. (*Ap.*) (No se inmuta).

ANDR.—Qué oigo! Y tu eres la que me lo dices Clotilde? Pues bien, gracia, porque á decir verdad yo fuí el primer traidor.

CLOT.—(*Ap.*) Ah! hablará de veras?

ANDR.—Tu sinceridad me encanta y nos libra á uno y á otro de inútiles finjimientos.

CLOT.—(*Ap.*) (Ha caido en la red).

ANDR.—Y si tu no me hubieras dado el ejemplo, de seguro que nunca, nunca me hubiera atrevido á decírtelo, así pues, ya no tendré que fingir viajes.

CLOT.—Ah! conque ese viaje .....?

ANDR.—Fué viaje de un dia, lo necesario para llegar y entregar á un amigo una coleccion de cartas para que llenara las fechas y te las remitiera diariamente. Los demas los pasé aquí.

CLOT.—(*Ap.*) (Traidor!)

ANDR.—Pero supongo que esto no quiere decir que no seremos buenos amigos.

CLOT.—Oh! no.

ANDR.—Y nos haremos nuestras mútuas confidencias.

CLOT.—Por supuesto.

ANDR.—Pues bien, á nadie mejor que á tí voy á confiar un secreto, no te rias, es un sueño, uno de esos sueños propios de los temperamentos nerviosos como el mio.

CLOT.—Vamos á ver. (*Ap.*) (Qué irá á decir?)

ANDR.—Una noche, despues de salir de aquí me puse á vagar por las calles en busca de aire y de espacio, como un pájaro que se escapa de su jáula. De repente me encontré frente á la puerta de un teatro cuyos cartelones anunciaban *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas, entré y me instalé en una luneta, poco vi de la representacion porque descubrí en los palcos terceros á una mujer

palida é interesante, era casi una niña, su rostro era modesto, pero lo que mas me llamó la atencion fueron sus ojos negros y rasgados, su tez apiñonada, su diminuta boca y su negra y sedosa cabellera.

CLOT.—Ola!

ANDR.—Lloraba á lágrima viva con las desgracias de la *Hortensia* de Dumas, y yo no cesaba de verla y de admirarla. Hé aquí, me dije yo, una alma ingénua, una niña sin malicia que me haria feliz, que me comprenderia, que soñaria comigo, y me alentaria en mi extravagancias de poeta y de pintor, porque eso si Clotilde, yo siempre he deseado para esposa una niña que ignore los ardides del mundo, casta en pensamientos y palabras. Perdóname si te lo digo, pero ya que no somos sino amigos.....

CLOT.—(*Ap.*) (Cruel!) Y tienes razon, pero acaba el cuento.

ANDR.—El sueño.....

CLOT.—O el sueño, coma tu quieras.

ANDR.—A la salida la busqué, pero me fué imposible encontrarla.

CLOT.—Ya tienes asunto para una novela intitulada: *La dama de los palcos-terceros.*

ANDR.—No te burles, desde esa nóche estoy triste y aun creo estar enamorado de aquella desconocida, figúrate si esto no es raro en un hombre que siempre habia creido inverosimil la leyenda de *Romeo y Julieta?*

CLOT.—Ciertamente que sí.

ANDR.—Pero aquí tienes una prueba de lo que vale la amistad de una mujer. Nunca me he sentido tan contento como ahora, que gracias á tu franqueza, tengo á quien decir: esto sueño, esto me entristece, esto me alegra..... Oh! si cuando uno vé lo que consuela la amistad de una mujer, desea casarse, porque al fin dos esposos no son mas que dos amigos.

CLOT.—[*Vivamente,*] De modo que tú te casarias.....

ANDR.—(*Interrumpiéndola.*) Con la *Dama de los teaceros?* Ya lo creo!

CLOT.—[*Ap.*] (El golpe de gracia..... todo ha acabado.)

ANDR.—Pero ahora que recuerdo, tengo que ir á comer y despues al teatro.

CLOT.—A buscar á tu bella desconocida?

ANDR.—Sí. Adios Clotilde, hoy empieza nuestra amistad, y creo que será eterna.

CLOT.—Así lo creo yo tambien.

ANDR.—Adios.

CLOT.—Adios. (*Váse Andrés.*)

ESCENA IX.

CLOTILDE SOLA.

No puedo mas!..... Ingrato, me olvida, me desprecia, ¿y por qué? por un sueño, por un sér fantástico! ¿Y yo lo he querido? Pero si es un infame, si el hombre que hace lo que él no merece sino el odio..... ah! yo quiero vengarme, necesito vengarme! ¿pero cómo?

ESCENA X.

CLOTILDE, ANDRES.

ANDRES.—Clotilde.

CLOTILDE,—¡Ah!

ANDR.—Ahí está.

CLOT.—¿Quién?

ANDR —Mi desconocida, mi ingénua.

CLOT.—¿Dónde? No comprendo.

ANDR.—En tu casa.

CLOT.—¿En mi casa?

ANDR·—Sí. Al salir por el pasillo oí que alguien tocaba en tu gabinete de estudio una *melodía de Lange*, la curiosidad me hizo asomar y la ví á ella.

CLOT.—(*ap.*) (Ah! Fernanda.) Con que..... ¿era ella?

ANDR.—Sí ella, estoy seguro, y ahorá que la he visto de cerca he podido admirar su aire noble y distinguido; tiene los rasgos de la inocencia y la melancolía hermanados con el tipo de la antigua altivez romana. ¡Oh! si algun dia pintara yo la muerte sublime de Virginia, la tomaria por modelo.

CLOT.—(*ap.*) (¡Fernanda!..... ¿Y es por ella por quien?..... Pues bien su pasion me vengará) Espera (*Toca el timbre, aparece Teresa y la habla en voz baja*) ¿Y tú sabes quién es esa jóven?

ANDR.—No, pero tu debes saberlo.

CLOT.—Se llama..... Margarita Brière, es una huérfana sin amparo ni proteccion, que se mantiene dando lecciones de piano..... La conocí hace algunos años cuando vivian su padres y estaba en la opulencia, hoy la he vuelto á ver y casi está en la miseria; pero en vez de caer en los peligros que encuentran las mujeres bonitas, huérfanas y pobres, se mantiene de su trabajo. Yo la he tomado bajo mi proteccion.

ANDR.—¡Qué buena eres!

CLOT.—Es casi una niña que ignora los ardides del mundo, casta en pensamientos y palabras, el tipo sublime de Virginia. Ahí la tienes.

ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDA, TERESA *luego.*

FERNANDA.—Señora, me han dicho que usted me llamaba.

CLOTILDE.—Sí, queria presentar á usted á uno de mis mejores amigos. Andrés Arcis, la señorita Margarita Brière, excelente pianista [*los presenta*)

ANDR.—Y cuyo mérito he tenido ocasion de admirar hace un instante.

FERN.—Caballero.....

ANDR.—(*Ap*) Su timidez me encanta.

CLOT. (*Ap á Fernanda*) (Trate usted de agradarle, yo tengo mis razones).

TER.—(*En el fondo.*) La sopa está en la mesa.

ANDR.—¡Ah! me voy Clotilde.

CLOT.—¿Y por qué? ¿no comes con nosotras?

ANDR.—¡Yo!.....

CLOT.—He mandado poner un cubierto mas.

ANDR.—En ese caso me quedo.

CLOT.—(*Ap. á Andrés*) No dirás que soy mala amiga.

ANDR.—¡Oh! no.

CLOT.—Ofrece el brazo á Margarita y vámos.

ANDR.—Señorita [*ofreciéndola el brazo.*)

CLOT.—(*siguiéndoles con la vista.*) ¿Anhelabas una virgen inocente?..... Pues la tendrás!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA PRIMERA.

ANDRES, FELIPE.

(*Andrés aparece leyendo un periódico.—Felipe entra.*)

FELIPE.—Andrés.

ANDRES.—Hola Felipe! ¿Cuando has llegado?

FELI.—Hace una hora, y lo que me ha dicho mi mujer me ha violentado á venir ¿con qué te casas?

ANDR.—Sí.

FELI.—Me alegro por Clotilde.

ANDR.—Si no es con ella, ¿pues qué Rosa no te ha dicho nada?

FELI.—Nada. Figúrate que llegué muy fatigado, que mi mujer se

puso á registrarme los bolsillos, la cartera, las maletas, hasta el sombrero, que no cesaba de preguntarme cuántas mujeres habia visto, si eran feas, si eran bonitas, si las habia hablado, qué me habian dicho ¿que sé yo? Apenas tuvo tiempo para decirme: Andrés se casa, yo supuse lo que era natural, que te casabas con Clotilde, y para librarme del fastidioso interrogatorio de mi cara mitad y de sus eternos celos tomé el pretexto de venir á ver á mi prima.

ANDR.—Siempre lo mismo.

FELI.—Que quieres, cuando no tengo que lidiar con los buitres de la ley ó los litigantes de provincia, tengo que calmar las iras de mi esposa; pero has dicho que no es Clotilde tu futura ¿pues quién es?

ANDR.—Un ángel.

FELI.—Eh!

ANDR.—Es decir una mujer que parece un ángel, una niña inocente y pura, de hermosos ojos y.....

FELI.—Déjate de describirla y dime su nombre.

ANDR.—Margarita Brière, una antigua conocida de Clotilde.

FELI.—No recuerdo..... pero como es que ustedes han quebrado así, tan de repente.

ANDR.—No nos amábamos, ella me lo confesó, yo se lo agradecí, y de amantes nos convertimos de la noche á la mañana en amigos y confidentes. Ella es una mujer que gusta del boato, de la elegancia, y sobre todo viuda, ha pertenecido á otro, y yo un hombre, que sueña con un cariño ideal, un romántico que quiere para esposa una niña inocente y modesta, cualidades muy difíciles de encontrar en una viuda y en una mujer rica.

FELI —Cuando digo que la mujer es una charada que nadie es capaz de decifrar..... ¿con que Clotilde misma fué la que inició el desenlace?

ANDR.—Sí, ella misma.

FELI.—Mentira parece..... ¿y cuándo es la boda?

ANDR.—Hoy mismo. Dentro de una hora me uniré á la mujer que mas amo, á la única que he amado.

FELI.—Vaya una pasion repentina.

ANDR.—Pero grande, inmensa. Figúrate que conocí á Margarita hace unos cuarenta dias.

FELI.—¿El mismo dia que me marché?

ANDR.—Justo. Yo no me atrevia á declararla mi cariño; pero Clotilde á quien habia hecho mis confidencias, me abrió la puerta de su corazon con sus bromas, animándola á ella y á mí dándome valor. Un dia me dijo Clotilde: Andres, tu amas á Margarita, ella es una mujer honrada y no aceptará tu cariño sino con la condicion de que te unas á ella, yo no quiero imponerte este sacrificio que debe ser siempre voluntario; pero como no tiene mas amparo en el mundo que yo, debo velar por su honra y como ademas lo que hoy pasa entre nosotros podia mañana hacerse público, te suplico que ó te casas con ella ó dejes de visitarme, mientras permanezca á mi lado.

FELI.—Francamente, no creia á mi prima capaz de semejante abnegacion.

ANDR.—Yo quise hacerme el fuerte, luchar conmigo mismo; pero no pude, senti tal tristeza lejos de ella que á los dos dias volví y dije á Clotilde, amiga mia me caso. Margarita resistió al principio pero Clotilde hubo de convencerla de que la amaba yo de veras y á poco accedió.

FELI.—Con qué resistió?

ANDR.—Sí, Clotilde me explicó el por qué, como Margarita perdió á sus padres siendo todavía muy niña, y como su posicion es tan humilde desde entonces, le parecia imposible que un hombre rico pudiera amarla; pero ella me queria, sí me queria, tu mujer lo sabe bien, porque ayer nada menos me dijo que Margarita le habia dicho que preferia mi corazon á todos los goces del mundo, que ca-

da dia que me trataba aumentaba su cariño, y que hasta ahora no habia encontrado un hombre como yo. Ah! aunque uno no merezca estos elogios, son tan dulces, tan agradables, cuando vienen de la mujer amada!

FELI.—Con que tambien mi mujer ha contribuído!

ANDR.—Se hicieron amigas al instante y era natural; pero á quien debo mi dicha es á Clotilde, á Clotilde que ha sido para mí un ángel.

FELI.—Vamos, hoy no tienes mas que ángeles en la boca pero ya se vé, un hombre que se va á casar lo vé todo color de rosa, ya te preguntaré si opinas lo mismo el dia que tu mujer tenga celos.

ANDR.—Quién? Margarita? Imposible! es tan sencilla!

ESCENA II.

DICHOS, CLOTILDE.

CLOTILDE.—¿Quién te ha venido á buscar?

ANDRES.—Felipe.

CLOT.—(*Asombrada.*) Felipe!

ANDR.—El mismo, míralo.

CLOT.—No te esperaba tan pronto.

FELI.—Querias que se casaran sin mí?

CLOT.—Ah! Ya te dijo.

FELI.—Sí, y francamente tiene razon en llamarte un ángel.

CLOT.—De veras?

FELI.—Ya lo creo, ninguna mujer haria lo que tú.

CLOT.—(*Ap.*) (No sabe nada todavía.)

(*Andrés ha subido á recojer unas cajas que están sobre la chimenea.*)

FELI.—Y ahora que me acuerdo ¿qué sucedió con tu protegida, al salir la ví, ya la conocia es una muchacha llamada Fernanda.

CLOT.—La he colocado.

FELI.—Y bien, por supuesto.

CLOT.—Mejor de lo que pudieras imaginarte.

FELI.—Ya me lo contarás despacio, ahora voy en busca de mi mujer que me impuso la condicion de que volviera antes de las diez.

ANDR.—(*bajando*) Es para que nos acompañes á la ceremonia.

FELI.—Quién? Yo? no, me pongo triste cuando veo casar á un amigo.

ANDR.—Déjate de bromas vé y no tardes, porque tan luego como concluya la ceremonia nos iremos mi mujer y yo al campo, de modo que quiero verte antes de partir.

CLOT.—(*Ap. á Felipe.*) (No hagas caso, vuelve dentro de media hora. Te necesito.)

ELI.—Adios prima, adios Andrés.

CLOT Y ANDR.—Hasta luego.

ESCENA III.

CLOTILDE, ANDRES, *luego* TERESA.

CLOTILDE.—(*Ap.*) (Dentro de media hora habrán partido y será ya tarde..... Es preciso que Felipe no venga antes ó todo se pierde.)

Andr.—Mucho me mortifican Clotilde, las molestias que te causo, pero pronto acabarán.

Clot.—Y aunque no acabaran nunca, algo se ha de hacer por un amigo.

Andr.—Gracias; pero no te parece raro que estemos juntos en un dia como este?

Clot.—No digas eso, porque creeria que dudas de mi sinceridad ¿acaso no hemos convenido en elevarnos sobre las preocupaciones del vulgo y no interrumpir por nada nuestra mútua afeccion?

Adr.—Pues señor, está dicho, tu siempre has de ser mas buena que yo..... pero queria consultarte sobre estas alhajas, ¿que te parece esta esmeralda?

Clot.—Así, así.

Andr.—Y esta perla.

Clot.—Oh! muy hermosa.

Ter.—(*Ap. à Clotilde.*) La señorita me manda con esto.

Clot.—A ver (*lee en voz baja.*) "No sé por cual corona decidirme y aunque Andrés lo sabe todo," tu eres la que no sabes que aun no le he dicho una palabra, "yo no me atrevo á usar unas flores que serian un sarcasmo en mi frente."

Andr.—¿Qué te escribe Margarita?

Clot.—Me pregunta mi opinion sobre estas coronas, ¿cuál te agrada mas?

Andr —Esta, la mas blanca, la mas pura.

Clot.—Pues yo misma voy á arreglarla, Teresa, espérame adentro (*vase Teresa con las cajas*]

Andr.—No tardes mi querida amiga..... y gracias.

Clot.—No te des tanta prisa en darme las gracias. (*Se va. Lleva la caja de la corona que escogió Andrés.*)

ESCENA IV.

ANDRES, *luego* FERNANDA.

ANDRES.—Qué feliz me siento! Decididamente no hay como amar para obtener esa dulce tranquilidad, esa paz del alma, única dicha apetecible en el mundo, único refugio enmedio de sus tempestades!

FERNANDA.— (*saliendo*) Teresa me ha dicho que Clotilde estaba aquí..... pero qué veo.

ANDR.—Margarita!

FERN.—No esperaba encontrar á usted aquí.

ANDR.—Mi presencia le es acaso molesta.

FERN.—Oh! no; pero como venia á buscar á Clotilde,

ANDR.—No tardará en salir..... pero al fin estamos solos, sin testigos, he aquí una dicha que no habiamos tenido hasta ahora ¿no es cierto Margarita?

FERN.—Sí.

ANDR.—Siempre habia una persona entre los dos, una persona amiga, desinteresada, á la que debiamos nuestra felicidad, pero su presencia ha retardado nuestra mútua confianza, y todos sus servicios no valen por cierto lo que nos podamos decir en un momento como este.

FERN.—Señor.....

ANDR.—Y por qué llamarme señor? Al amante, al esposo se le habla de tú, se le trata con confianza, sin timidez, ¿acaso no lo merezco?

FERN.—Oh! sí.

ANDR.—Me amas?

FERN.—Con toda el alma.

ANDR.—Margarita!

FERN.—Y como no habia de amar al que ha sido mi salvador!

ANDR.—Si tu eres la que me has salvado, tu que me apartas hoy de esos placeres de contrabando, de esos fútiles amores con que se malgasta la juventud, tu que eres la estrella que se levanta en mi horizonte para enseñarme el camino del deber, tu que traes á mi solitario y desierto hogar todo el cortejo de las mas santas emociones, de los goces mas honestos, del honor, de la tranquilidad, del aprecio del mundo, y de la propia estimacion,

FERN.—(*Ap.*) (Qué oigo!..... No sabe nada todavia.)

ANDR.—Margarita enmedio de las borrascas de una juventud sin maestros, ni guias, siempre soñé con la santa, con la dulce paz del hogar doméstico, siempre ambicioné una mujer coronada con la brillante aureola de la inocencia, de la virtud, y del pudor. Hoy la encuentro al fin, gracias Dios mio por tanta felicidad, gracias..... porque soy muy feliz Margarita, muy feliz, porque he encontrado dos cosas muy raras en el mundo, dos cosas en las que nadie cree y que son las únicas que dan la felicidad, una buena amiga y una esposa casta..... pero vé, busca á Clotilde, y no retardemos el instante de nuestra union. (*La besa la mano y váse.*)

ESCENA V.

FERNANDA, CLOTILDE.

FERN.—Pero le han engañado..... le han mentido..... yo no puedo engañar un corazon tan noble..... Clotilde! Clotilde!

CLOT.—(*Saliendo trae la corona que deja en el velador*). Qué tiene usted? Porqué esa alteracion, esa palidez?

FERN.—Señora, me ha engañado usted, es decir nos ha engañado.

CLOT.—Engañado?.....

FERN.—Sí. Cuando vd. me dijo que Andrés me amaba, que queria casarse conmigo, yo rechazé semejante proposicion porque no me creía digna de él.

CLOT.—Sí. ¿Y qué? Andrés insistió y vd. accedió al fin.

TER.—Accedí al fin, porque usted me dijo que olvidaba, que perdonaba mi pasado; porqué usted me aseguró que le habia hecho conocer el secreto de mi vida..... y vd. señora..... me ha mentido, él no sabe nada, él me acaba de hablar como se habla á una mujer pura.

CLOT.—(*asustada.*) Se han hablado ustedes..... ¿y que se han dicho?

FERN.—Que me habia de decir? Que el amaba la pureza y la virtud, que su eterno deseo habia sido una esposa casta..... Esto es horrible, yo no puedo aceptar su mano, y sin embargo le quiero.....Oh! porqué me ha llevado usted el umbral de la felicidad para hacerme retroceder despues!

CLOT.—Pero á qué viene esa exaltacion. ¿Acaso Andrés le ha dirigido á usted algun reproche?

FERN.—No, porqué nada sabe, porque nada le ha dicho usted. ¿A qué viene esta exaltacion? A protestar contra un engaño infame, á demostrar que en medio de mi deshonra aún tengo una virtud, la franqueza. Esto es horrible, señora, usted ha visto lo que sufria cuando iba comprendiendo que amaba yo mas á Andrés, mientras mas lo trataba; usted me ha visto tener remordimientos por un pasado del que no tenia la culpa, temblar porque él lo supiese y desearlo al mismo tiempo; usted en fin, me ha visto feliz, contenta, cuando me hizo usted creer que lo olvidaba que lo queria olvi-

dar, y hoy encuentro que todo es mentira, que mi pasado se levanta como un espectro entre el hombre que amo y yo, para hacerme doblemente criminal á sus ojos, para mostrarme que no hay perdon para quien como yo pierde la estimacion del mundo, para arrojarme á la cara el peor de los reproches, el mas atroz de los sarcasmos, para decirme que la inocencia solo, y no el arrepentimiento puede inspirar el amor.

CLOT.—Pero Fernanda, tenga usted mas calma, recuerde usted lo que ya la he dicho: Andrés no quiere que entre ustedes se recuerde nunca una cosa que quiere y debe olvidar? No se lo dije á usted?

FERN.—Sí.

CLOT.—Y entonces ¿porque asombrarse de que cumpla lo que dijo?

FERN.—Pero usted le manifestó.....

CLOT.—Todo, absolutamente todo.

FERN.—Entonces no la comprendió á usted, y yo debo.....

CLOT.—Que!

FERN.—Decírselo claro.

CLOT.— No haga usted semejante cosa, hay frases que queman y palabras que matan.

FERN.—Mas vale sucumbir á su desprecio que sufrir eternamente el mio.

CLOT.—Pero va usted á destruir su propia felicidad.

FERN.—Pero no habré engañado á un hombre que á fuerza de hidalguia y de generosidad, sabe inspirar el amor..... Lo que usted me aconseja es una infamia.

CLOT.—No, porque Andrés lo sabe todo yo se lo he dicho..... y si usted quiere cerciorarse.....

FERN.—Oh, sí!

CLOT.—Hay un medio.

FERN.—Cual?

CLOT.—Escribirle..... Lo que quema al decirlo, se escribe.

FERN.—Tiene usted razon.

CLOT.—Al momento (*Hace que Fernanda se siente en el velador*). (*Ap.*) (Una carta se evita mas fácilmente que una conferencia..... ¿Pero no estoy suficientemente vengada con que la ame?..... No, es preciso que llore como yo he llorado, que pierda la reputacion como me la ha hecho perder á mí..... que sucumba al ridículo como yo he sucumbido.) Ha concluido usted?

FERN.—Sí (*Ap.*) (Cuan triste es decir esto de si misma.) Quiero que la vea que la reciba al punto.

CLOT.—(*Toca el timbre y aparece Teresa.*) Dá esta carta al Sr. Andrés.

TER.—Salió.

CLOT.—Cuando vuelva.

TER.—Oigo ruido en el patio, es él que viene en su coche voy al punto.

CLOT.—(*Ap.*) (Me pierdo) *La quiere detener, Teresa no la ve y Fernanda interrumpe su movimiento yendo á reclinarse en su hombro.*

FER.—Es preferible la muerte!..... El me ama! Que sucederá?..... Oh! pero no quiero que vea esa carta..... déme usted mi carta..... llámo usted..... evite usted que la lea.

CLOT.—Oh! si, si! (*viendo por la ventana*) pero ya es tarde, Teresa se acerca, se la dá, lee el sobre, sube la escalera (*Ap.*) (Miserable de mi, no he podido vengarme!)

FERN.—Dios mio, perdóname..... haz que él me perdone tambien..... ah! sus pasos..... El es!

ESCENA VI.

DICHAS Y ANDRÉS *en traje de ceremonia.*

ANDR.—Como? Margarita..... aún no estas dispuesta.

CLOT.—(*Ap*) (Todavía no la lee) (*examinándole el rostro*).

FERN.—No..... estaba aquí..... esperando.

CLOT.—Está un poco nerviosa.

ANDR.—La hora se acerca.

FERN.—De modo que es preciso que me disponga.....

ANDR.—¿Pero qué emocion es esa?..... no me ves, te estoy esperando.

CLOT.—Tenia escrúpulos, pensaba que yo no te habia dicho nada..... que tal vez te podias arrepentir de unirte á ella..... que su posicion, su orígen podian influir sobre tí y enfriar tu cariño..... En fin, queria saber si tu harias abstraccion de todo antes de ser tu esposa.

ANDR.—Su posicion, su orígen. no entiendo. Acaso el amor no nos hace iguales.

CLOT.—No me has dicho que tu lo olvidabas, lo querias olvidar, que nunca volverias hablar de si era ó no tu igual.

ANDR.—Sí; pero á que viene esto, si le falta un nombre yo se lo voy á dar, si le falta el respeto que dá la posicion social yo la voy á hacer mi esposa. Mi nombre será suyo, suya mi honra. Vamos Margarita..... esa humildad te hace mas digna de mí.

CLOT.—Lo oye usted?

FERN.— (*Ap.*) (Corazon generoso!) Tenia usted razon señora..... [*Ap. á Clotilde*] (ahora si que soy feliz) [*toma la corona que Clotilde dejó sobre la mesa y se vá.*]

ESCENA VII.

CLOTILDE, ANDRES Y TERESA *luego.*

ANDR.—Es una niña!

CLOT.—Díme, Teresa no te dió una carta?

ANDR.—Sí, aquí debo tenerla, como tenia tanta prisa por subir no la he leido..... aqui está..... me dijo que era tuya.

CLOT.—Sí, mia.

ANDR.—Veamos lo que es.

CLOT.—Oh! no, Teresa no ha desempeñado su comision como yo queria.

ANDR.—Es acaso una sorpresa?

CLOT.—Una cosa parecida.

ANDR.—Perdóname entonces que no la haya leido.....

CLOT.—Escucha, yo queria que te la diesen al salir de la iglesia..... hazme favor de dármela, yo te la devolveré despues.

ANDR.—No es necesario, yo te prometo no leerla sino hasta que tú quieras.

CLOT.—Es igual..... pero nada te cuesta darme gusto..... Bien sabes que tu mejor amiga no tiene para tí mas que sorpresas agradables, así espero que.....

ANDR.—Tómala.

CLOT.—Gracias.

ANDR.—Pero por qué me miras de ese modo tan raro?

CLOT.—Es porque pienso en que el porvenir depende de una sola palabra.

ANDR.—Aludes sin duda al *sí* sacramental?

CLOT.—Puede ser.

ANDR.—Pero nos estamos tardando, yo voy.....

CLOT.—Quizá esa tardanza sea un aviso del cielo.....

ANDR.—Un aviso!

CLOT.—Sobre eso matrimonio. Si tienes algun escrúpulo, algun pesar, si tu cariño á Margarita es débil, piénsalo antes, aún tienes tiempo.

ANDR.—Pesar? y de qué he de tenerlo?

CLOT.—Que se yo..... de tu libertad por ejemplo.

ANDR —Cuando se ama como yo, no hay tiranía mas dulce que la del cariño.

CLOT.—Es que el cariño suele no ser eterno..... dígalo si no yo. Tu me.....

ANDR.—Te queria, es cierto, pero de otro modo, como á una persona á quien tiene uno la costumbre de ver todos los dias.

CLOT.—Tienes razon, cásate, cásate cuanto antes.

TER.—La señorita está esperando. (*Váse*)

ANDR —Gracias á Dios..... No vienes, Clotilde?

CLOT. —Sí, espero no mas á Felipe.

ANDR.—No tardes. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

CLOTILDE *sola*.

(*En la ventana.*) Como á una persona á quien se vé todos los dias!..... Si en efecto, mientras yo le queria con delirio él me engañaba..... Suben al coche..... se dán la mano, Fernanda llora

y rie al mismo tiempo..... así hacen los que son felices..... Tenia razon Andrés, nunca me amó de ese modo, ¿y yo que titubeabà en darle esta carta? (*Se acerca á la chimenea para quemarla*) ¿Pero qué hago? quemar esta confesion escrita por su propia mano? nunca, si es mi mejor venganza, (*ruido de coches.*) Han partido..... si, corre, corre en pos de una felicidad que no ha de durar mucho.....! Ah! yo no sé cuanto durarà mi tormento; pero lo que es el suyo será eterno.

ESCENA XI.

CLOTILDE, FELIPE.

FELI.—He venido á tiempo, prima?

CLOT.—Solo?..... y Rosa?

FELI.—Casi al llegar vimos los coches, mi mujer disputaba que debiamos seguirlos, yo que no, porque tú me habias prometido esperar, hasta que al fin convenimos en que yo vendria á buscarte y ella seguiria su capricho en llegar de las primeros.

CLOT.—Cosas de su carácter.

FELI.—Razon no le falta, porque nada hay mas curioso que un matrimonio. Aquellos cuchicheos de los invitados, los comentarios que hacen sobre la novia, está *pálida*, dicen unos,—*viene temblando* agregan otros,—*quién fuera él* dicen los pollos,— *quién ella!* las pollas, y mientras que las madres cuentan las peripecias del dia en que se casaron, no falta algun novio, que asustado ó envidioso se pasea cabisbajo por entre las pilastras del templo. Sí, prima, el matrimonio puede ser una tragedia pero siempre empieza por un sai-

nete. El matrimonio es y debe ser la tumba del amor, porque si el amor vive del secreto, se alimenta con el misterio, crece con el recato, como quieres que sobreviva á esa ceremonia en la que un hombre y una mujer dicen con todo descaro: "Señores, nos queremos y venimos aquí para que todos lo sepan, lo que era una abnegacion de nuestra parte será de hoy mas un deber," Y dime prima, ¿hay cosa mas estúpida que revelar á los demas la propia dicha? ¿hay cosa mas necia que publicar lo que solo es un goce bajo las alas del secreto, pues bien, á esto se reduce la ceremonia que vamos á presenciar, y que la ley y la iglesia se encargarán de pregonar con estrépito.

CLOT.—Si te oyera tu mujer!

FELI.—No hay hombre que no hable del matrimenio como yo, pero tambien no hay maldiciente que no se case. Pero se hace tarde..... vámos.

CLOT.—No, espera..... nos arrimaremos á la chimenea..... debe hacer un frio horroroso en la calle.

FELI.—Bah! Caprichos de mujeres; pero ya que tú lo quieres, quedémonos y cuéntame qué suerte ha corrido tu protegida.

CLOT.—Mi protegida!

FELI.—Sí, aquella jóven que recogiste en la calle..... que te vino á ver..... conque la has colocado.

CLOT.—Sí, tú mismo te vas á asombrar de la colocacion que la he dado.

FELI.—Me alegro, prima, porque parece tener buen corazon. Ya ves como son las circunstancias las que dominan al ser humano, ellas prostituyeron tal vez á esa niña, y ellas tambien la han regenerado. El hombre y la mujer no son mas que los instrumentos del destino..... pero vamos al fin..... ya es tarde.

CLOT.—Espera..... ¿cuánto suele tardar esa ceremonia?

FELI.—De media hora á tres cuartos de hora..... Primero la

velacion y despues la misa. Y ya ha pasado media hora, de modo que ya no vimos la velacion.

CLOT.—Es decir que ya no hay remedio.

FELI.—(*Con extrañeza.*) Qué dices?

CLOT.—Que habiendo sancionado ayer esa union el representante de la ley, y habiéndose repetido hoy sus juramentos al pié de los altares, Andrés y su esposa están unidos para siempre, que ambos han contraido una misma responsabilidad moral, que ambos llevarán de hoy mas un mismo nombre y deberán aspirar á iguales consideraciones.

FELI.—Quien lo duda.

CLOT.—Y esa union es eterna, indisoluble?

FELI.—Sí, pero qué quieres decir..... tienes un aire que espanta.

CLOT.—Felipe, al fin me he vengado!

FELI.—Vengado? de qué? de quién?

CLOT.—De Andrés!

FELI.—De Andrés?

CLOT.—Sí, de Andrés, del hombre á quien mas he querido, del hombre mas ingrato y mas infame..... su esposa es Fernanda.

FELI.—Fernanda! Oh! no..... imposible!

CLOT.—Sí, Fernanda, á quien cree pura é inocente, Fernanda que ha confesado ella misma su pasado en esta carta que hoy leerá Andrés, para que sepa por quien me olvidó. El hirió mi amor propio, me despreció, me hizo desgraciada y hoy me vengo con la peor de las venganzas, con el ridículo y la deshonra.

FELI.—Yo corro, voy á impedir ese enlace. (*Se oye ruido de coche.*) Ah! ya no hay remedio.

TER.—El señorito Andrés ha llegado. (*Váse.*)

CLOT.—No, no lo hay, y este papel va á destruir dentro de un instante esa felicidad que tanto deseaba.

FELI.—Ese papel! jamás mientras yo pueda evitarlo..... dámelo..... dámelo. (*Forzando por quitárselo.*) Ya es mio!

CLOT.—Osas luchar así con una mujer!

FELI.—Débil es el alacran y se le aplasta con el pié!

CLOT.—Suelta, porque ni tú, ni nadie, han de impedir.....

FELI.—Yo lo impediré cueste lo que cueste.

FELI.—Acabemos. (*Entra con ella*).

ESCENA X.

ANDRES, *luego* FELIPE *y despues* FERNANDA.

ANDR.—(*Entrando.*) Clotilde! Felipe!

FELI.—(*Saliendo y aparte.*) (Dos puertas..... Ya puede gritar cuanto quiera.)

ANDR.—Gracias amigo mio por tu puntualidad.

FELI.—Chit! Clotilde tuvo un ataque antes de salir.

ANDR.—Yo voy..... (*Dirigiéndose á la puerta*).

FELI.—Oh, no! está durmiendo, y el sueño es el único remedio para los nervios. Véte, la luna de miel te espera, véte.

ANDR.—Te voy á presentar á mi mujer, ha ido á cambiar de traje.

FELI.—Cuando vuelvas, véte.

ANDR.—Y por qué tanta prisa? Ya que no podemos ver á Clotilde antes de partir te presentaré á Margarita..... aquí está (*Entra Fernanda*) Margarita, Clotilde se ha enfermado y no podemos despedirnos de ella; pero en cambio te presento al mejor de mis amigos.

FERN.—(*Ap.*) (Ah!)

FELI.—(*Ap. á Fernanda.*) (Silencio, yo no conozco á usted.) Se-

hora, tengo el honor de..... pero el tiempo vuela y no van á poder llegar á la estacion.....

FERN —(*Ap.*) (Su amigo!)

ANDR.—Vámos.

FERN.—Sí, adios.

ANDR.—Dí á Clotilde que volveremos mañana en la noche.

FELÍ.—Buen viaje.

ANDR. Y FERN.—Gracias.

ANDR—Cuida á tu prima. (*Vánse Andrés y Fernanda.*)

FELÍ.—Sí, sí, yo la cuidaré. (*Viéndoles salir.*) Hoy le he evitado; pero..... ¿y mañana?

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Andrés.—Tres puertas en el fondo.—Puerta á la izquierda.—Chimenea con espejo á la derecha.—En el saloncillo del fondo muebles.—Sofá, sillones y mesa á la izquierda.—Sillon frente á la chimenea.—Es de noche.

ESCENA PRIMETA.

FELIPE *solo.*

[*Aparece con sobre-todo como que acaba de llegar.*]

Pues señor, estos recien casados me dan risa, apenas se unen para siempre, huyen de todo, se van al campo solos, vuelven al dia siguiente y ella se finge indispuesta y él deja esperando á sus visitas..... pues tiene gracia..... pero me sentaré, y ya que mi mujer ha entrado á la alcoba y que Andrés no sale, me pondré á meditar como evito que Clotilde diga quien es Fernanda..... Teresa ha quedado en avisarme tan luego como su señora salga de casa, pero esto no basta.

ESCENA II.

FELIPE, ANDRES.

ANDRES.—Amigo mio.

FELI.—Andres, ¿qué tal vá?

ANDR.—Bien y mal. Margarita está algo indispuesta..... que quieres la fatiga, la emocion..... Con ella he dejado á tu mujer.

FELI.—Sí, veniamos Rosa y yo á visitarte, el criado nos dijo que Margarita estaba enferma, yo queria retirarme; pero mi mujer sin oir razones se metió y me dejó aquí sin mas, ni mas.

ANDR.—Que quieres, es tan sencilla. No debes quejarte Felipe, te quiere tanto.

FELI.—Demasiado; pero hablando de otra cosa, deseo que me des unas cartas de recomendacion para tu mayordomo, pienso hacer un viaje y podia necesitarlas. (*Ap*) (Bueno será tener un pretesto para volver esta noche.)

ANDR.—Cuanto quieras, ya sabes .....

FELI.—Es que tal vez tenga que salir mañana.

ANDR.—Pues al instante voy.

FELI.—No te molestes, no es seguro, y ademas volveria por ellas en caso de que las necesitase. Por ahora hablemos de tí. ¿Eres muy feliz?

ANDR.—Oh! mucho. He realizado todos mis sueños, todas mis esperanzas. Recuerdas que desde niño era yo uno de esos séres que soñador por costumbre, siempre andaba forjando proyectos quiméricos, amores romancescos; amaba un ideal, me habia formado un tipo de mujer inocente, cándida, pura, ¿te acuerdas?

FELI.—Pues como no? Tus amigos te llamábamos el *melancólico Andrés.*

ANDR.—Pues bien, he encontrado ese tipo, ese amor, esa inocencia que vislumbraba y soñaba en mis veladas de estudiante.

FELI.—Si, ese amor que dura lo que los fuegos fátuos. Al principio cree uno que el cariño que siente por su esposa va á ser eterno, poco á poco ese cariño se convierte en una dulce afeccion, en una sincera simpatía, y como el deseo satisfecho engendra otro deseo llega un dia en que sale uno á buscar á la calle otro amor y la realizacion de otros sueños. (*Aparace Rosa y se adelanta poco á poco.*) Si Andrés, esa fidelidad tan decantada, ese eterno amor, son imposibles y sobre todo una mujer á quien se vé de noche, de dia á todas horas, llega á fastidiar con el tiempo, esto es natural.

ESCENA III.

DICHOS Y ROSA.

ROSA.—Siga usted su discurso, señor mio.

FELIPE.—(*Ap*) (Mi mujer, riña tenemos.)

ROS—Siga usted.

FELI.—Estaba yo diciendo á Andrés la opinion que tenia sobre el matrimonio antes de casarme contigo.

ANDR.—Es verdad.

ROS.—Opinion que no ha variado por lo visto, porque parece que usted divierte el fastidio que le causo, buscando nuevas impresiones.

FELI.—Cómo!

ROS.—Ahora mismo mientras hablaba con Margarita me he en-

contrado en el tarjetero que usted tuvo la indiscrecion de dejarme esta cartita anónima, aqui está: *Ella ha llegado.* ¿Quién es ella?

FELI.—Vamos mujer, no des ahora un escándalo.

ROS.—¿Quién es ella?

FELI.—Quién ha de ser su ilustrísima el arzobispo de Manila; pero vamos.

ROS.—Si, vámos, por el camino me esplicara usted ese femenino tan sospechoso. Adios Andrés, he dejado á Margarita un poco mejor. Vamos traidor, infiel.

FELI.—Adios Andrés, ya lo estás viendo..... estas son las dulzuras del matrimonio..... ¡Ah! no olvides que puedo volver, por si necesito las cartas.

ANDR.—Adios y que no tarde mucho la reconciliacion.

ESCENA IV.

ANDRES, *luego* CLOTILDE.

ANDR.—Estas son las dulzuras del matrimonio dice Felipe, como si todas las mujeres fueran tan celosas como la suya, y todos los maridos tan incorrejibles como él; pero lo cierto es que los dos tienen un corazon de oro. ¡Que fácil es desmentir á los que aseguran que no existen ni la amistad, ni la honradez, ni la lealtad..... (*Viendo á Clotilde que aparece por el fondo.*) Clotilde! y por dónde has entrado?

CLOT.—No lo ves? por el jardin. Como lo hacia antes..... se me habia olvidado dárte la llave.

ANDR.—Y porque no has entrado por dónde entran mis amigos, mis visitas.....?

CLOT.—Porque deseaba que nadie me viese. Ví luz en la alcoba y aquí, ví tu sombra á través de los cristales de esa galería y me dije: está solo, entremos y hablemos un poco..... ¿Te incomodo?

ANDR.—En verdad la hora no es muy apropósito.

CLOT.—Así lo acostumbrábamos en otro tiempo.

ANDR.—Olá, profesas la religion de los recuerdos!

CLOT.—Y tú, ¿no la profesas?

ANDR.—Yo!..... respeto el pasado, pero adoro el presente y en verdad que no quisiera dar motivo alguno para que dijeran.....

CLOT.—Antes no tenias esos escrúpulos.

ANDR.—Es que antes no era yo marido. El matrimonio cambia por completo el carácter de un hombre, y francamente no quisiera que mi mujer fuese á sospechar.

CLOT.—En resúmen, me hechas de tu casa.

ANDR.—No me has comprendido bien.

CLOT.— Demasiado he comprendido.

ANDR.—Clotilde no seas niña. La amistad y la gratitud me obligan á respetarte; pero si soy tan feliz, perdona al menos que sea egoista.

CLOT.—Tienes razon; pero hablemos de tu felicidad. ¿Eres muy feliz?

ANDR.—Y gracias á ti, mi dulce y buena amiga.

CLOT.—De modo que si algun acontecimiento imprevisto, alguna casualidad viniese á sorprenderte.....

ANDR.—Imposible!

CLOT.—Sufririas una decepcion.

ANDR.—¿Pero qué estas diciendo? tu me ocultas algo ¿que sucede?

CLOT.—Pues que, ¿creias que un hombre puedes ser perjuro, infiel, ingrato y que no hay castigo para él?

ANDR.—Clotilde, esas palabras!..... ¿Estoy soñando acaso?

CLOT.—Soñabas, si, y yo vengo á despertarte de tu sueño.

ANDR.—Yo perguro? yo infiel? yo ingrato? y por qué? Acaso no fuiste tu la primera que me dijo.....?

CLOT.—Sí, pero fué para cerciorarme de tu traccion; yo te queria, te amaba con delirio, y mientras, tú olvidabas mi cariño, mis sacrificios, mi honor perdido ¿y por qué? por una vision, por una cualquiera que no habias visto sino una sola vez. Supe que me habias engañado fingiendo un viaje, noté que me tratabas con desvío, ví que tu cariño se enfriaba, y te tendí un lazo, caiste en él, confesaste tu falta y rompiste de una sola vez mi porvenir, mis ilusiones.

ANDR—Yo .....

CLOT.—Y no es eso lo único, sino que te serviste de eso que llamabas mi amistad para enamorar á otra mujer, me hiciste el peor de los desprecios en mi propia casa y hoy....., hoy, me arrojas de tu lado como arroja el niño el juguete que le hastía ó se le rompe.

ANDR.—Yo no he pensado en eso.

CLOT.—¿Y con qué pretesto? Con el de que no se escandalize tu mujer, como si ella pudiera escandalizarse de nada!

ANDR.—Clotilde! Basta, todo lo tolero menos que insultes á mi esposa.

CLOT.—Insultar á tu esposa ¿y quien piensa en eso? ¿Es acaso ella una mujer á quien se puede insultar?..... Si está abajo de la injuria!

ANDR.—Que dices! Sal, sal al instante, tu, no puedes estar bajo este techo asilo de mi honra.

CLOT.—Puesto que quieres que sea el asilo de tu honra, has que se levante tu mujer y que salga de aquí conmigo.

ANDR.—Ah!

CLOT.—Y si no, pregunta á tu esposa, á tu ángel como la llamas, de que fango la recojí para entregártela.

ANDR.—Mientes!

CLOT.—Llámala, llámala y pregúntáselo.

ANDR.—Margarita ¡Margarita!

CLOT.—Llámala Fernanda, y entenderá mejor.

ESCENA V.

ANDRES, CLOTILDE, FERNANDA.

FERN.—(*saliendo.*) Clotilde.

ANDR.—Sí, Clotilde á quien vas á confundir, Clotilde que está insultando tu pasado.

FERN.—Mi pasado!

ANDR —Que dice que te recojió del fango para que fueras mi esposa.

FERN.—Cómo? No lo sabias?

ANDR.—Díla que miente.

FER.—Señora..... Ah! Me ha engañado!

ANDR.—Que te calumnia.

FERN.—Sí ella me dijo..... Es una infame, me ha perdido!

CLOT.—Es cierto?

FERN,—Perdon, perdon..... Ella tiene la culpa.

CLOT.—Lo ves!..... ahora, adios. Estoy vengada! (*Váse.*)

ESCENA VI.

ANDRES, FERNANDA.

FERN.—Tiene usted derecho para materme, ha sido usted engañado; pero no soy yo la culpable.

ANDR.—No, ha sido usted la complice de esa otra mujer.

FERN.—Tampoco..... pero si se ha de vengar usted hágalo pronto, es la única gracia que le pido.

ANDR.—No será antes de que sepa á que especie de mujer me he unido, á que grado há llegado mi deshonra..... Dígámelo usted.

FERN.—Eso nunca..... usted puede oir ó no mis disculpas, pero no mandarme que me humille así, porque no lo merezco.

ANDR.—Que no lo merece usted ¿pues qué merece una mujer que engaña así á un hombre, que le vende todo, infamia por cariño é inocencia, diga usted que merece?

FERN.—Yo no he engañado á usted..... Yo exijí á Clotilde que dijera á usted el secreto de mi vida, yo le escribí á usted una carta.

ANDR.—Mentira, Clotilde no me ha dicho nada..... usted no me ha escrito ninguna carta.

FERN.—Sí..... ella es la que nos ha engañado, ella que no se que habrá hecho de mi carta, que no se que habra dicho á usted pero que me hizo creer que usted olvidaba mi infamia.....

ANDR.—Yo olvidar..... y usted ha creido? Pero eso que usted dice no es cierto, usted ha pretendido tambien engañarme. Si no, porque no me lo dijo usted á mí, á mí que iba á entregarle mi honra, mi porvenir, mi vida?

FERN.—Y que mas habia de hacer que encargar á la persona en quien usted tenia mas confianzá que se lo dijera á usted, qué mas que confesar mi falta en una carta? ¿Cómo quiere usted que tuviera valor para decirle frente á frente de un hombre á quien amaba?

ANDR.—Sí, para disculparse nunca le faltan pretestos á los malvados..... Yo encargué..... yo escribí una carta..... Mentiras que rechazo, que no quiero oir..... ¿lo entiende usted señora?..... Ah! Dios mio! esto es horrible! Yo que la queria, como ninguno ha querido, yo que soñaba haber realizado todos mis sueños, todas mis esperanzas, ¿qué encuentro ahora? deshonra para mi nombre, verguenza para mi frente, desesperacion pera mi alma!

FERN.—No llore usted me lastiman menos sus injurias que sus lágrimas!

ANDR.—Y es mi esposa, y tiene que ser la compañera de mi vida.

FERN.—No! conozco mejor que nadie que soy indigna de serlo y puesto que el cielo me abandona, que usted no me cree y que todo se conjura contra mí, no quiero deshonrar á un hombre á quien no he pretendido engañar. Adios..... me siento mal; (*flaqueando al andar*) pero no tardaré en salir para siempre.

ANDR.—Margarita..... No que se aleje..... Su precencia me hace mal. (*Cae sojozando en el sillon.*)

ESCENA VII.

ANDRES, FELIPE.

FELIPE—(*Desde la puerta*) (*Ap*) (Aquí está..... Teresa me ha ido avisar que Clotilde habia salido..... ¿habrá venido?.....(*bajando*) Andrés.

ANDR.—Felipe..... amigo mio..... sabes lo que me pasa?

FELI.—Sí.

ANDR.—Lo sabes?

FELI.—En vano he evitado que Clotilde diera este golpe inútil..... Al verte abatido he presumido lo que ha hecho.

ANDR.—Lo sabias!..... ¿y por qué no me lo dijiste antes?

FELI.—Olvidas que yo no he conocido á tu mujer hasta despues de que volviste de la iglesia.

ANDR.—Es cierto..... pero tu me vas á salvar de esta deshonra.

FELI.—Yo!

ANDR.—Si, tu entablarás la demanda de divorcio.

FELI.—No es posible.

ANDR.—Busca, inventa un medio.

FELI.—No lo hay.

ANDR.—No quieres estar unido á esa miserable.

FELI —No la insultes. Si tu supieras que de corazon tiene esa mujer!

ANDR.—Me vienes acaso á pedir su perdon?

FELI.—Sí:

ANDR.—Pero estas loco? Y aunque fuera tan débil que lo concediera, no comprendes que me levantaria yo mismo un padron de infamia, y que mañana todo el mundo se reiria de mí?

FELI.—El *mundo*, es decir el vulgo.

ANDR.—Hablo de las gentes honradas.

FELI.—Pues esas no tendrán para tí ni una sola burla, ni una sola ofensa, porque la verdadera virtud es á veces indulgente, con el mal, pero siempre es benèvola con el arrepenrimiento. ¿Sabes quienes se escandalizan? los tenorios de teatro y de café, las mujeres que engañan á sus maridos y los maridos que se dejan engañar, los amigos que venden y roban la honra á sus amigos, las mujeres sin pudor que especulan con su cariño y se lo dán al mas hermoso

y se lo niegan al mas honrado, esos, esos serán los que se burlen de tí; ¿pero qué te importa si la aprobacion de un hombre honrado basta para rechazar la maledicencia de tres mil adúlteras?

ANDR.—Yo no temo la injuria..... pero la burla, la sátira en voz baja, las conversaciones de café..... esas armas injustas y cobardes de la maledicencia que jamas hieren por delante..... Oh! eso me anonada.

FELI.—Y tú podrás responder á la mordacidad de esos reptiles sociales que vale mas volver á una mujer al camino del bien, que no seguirla por el camino del mal como ellos hacen; que es mas digna la mujer que se levanta, que la que cae arrastrando en su caida la dignidad de sus maridos, el porvenir de sus hijos y la tranquilipad de su hogar; que es mas honrada la que se regenera por el amor y el arrepentimiento que la que convierte el mundo en un tablero de adjedrez, y juega con el corazon de sus amartes como si fueran *peones* ó *arfiles*.

ANDR.—No, no, es imposible?..... tu me pides cosas sobrehumanas..... quieres que sea un héroe y soy un hombre.

FELI.—Te engañas, para vencer á los hombres se necesita ser un héroe..... para vencer á los reptiles basta con ser hombre.

ANDR.—Pero si no puedo, si esa mujer ha destruido todas mis creencias, todas mis ilusiones. Aunque fuera bastante fuerte para despreciar á la sociedad, aunque hiciese abstraccion de que era yo el objeto de las risas maliciosas, de los murmullos vergonzantes de los cafeés; de las miradas de inteligencia, de las alusiones picaresca de los estrados, aunque no saliese nunca á la calle por temor de que se riesen de mí, ¿crees Felipe que yo pueda amar á la mujer que me ha engañado? Ah! Si al menos hubiera tenido la franqueza de confesármelo todo, si no me hubiera mentido; pero no, ella no ha sido sino el vil instrumento de uña venganza injusta, se la ofreció una posicion en cambio de su doblez y la aceptó; se la dijo

enganemos á este hombre, y yo me vengo y tu adquieres un nombre y aseguras tu subsistencia, y ella sirvió de cómplice en una infamia que no tiene ni ejemplo, ni nombre, y para la que no hay castigo.

FELI.—No lo creas.....

ANDR.—Sí. Yo, Felipe, podria olvidar el pasado de una mujer que me amase, que comprendiese mi cariño, de una mujer purificada por las lágrimas del arrepentimiento; pero nunca, nunca la de una miserable que habia especulado con mi cariño..... Y como olvidar la ofensa que me ha hecho, cómo perdonar lo que estoy sufriendo, ¿sabes tu el infierno que ha despertado en mi alma? ¿sabes acaso lo que sufre el hombre que ama como yo á una mujer á pesar de todo, y que comprende que esa mujer es indigna de su cariño? No, tu no lo puedes saber, los escépticos como tú, los hombres de mundo creen que todos esos sueños, todas esas visiones, esos ideales de los soñadores, son nubes que pueden desvanecerse sin causar dolor, sin matar con su ausencia; se figuran que con una sonrisa de indiferencia, se curan las heridas del alma, piensan que dolores como este son mentira y por eso piden el perdon de séres incapaces de comprender la generosidad y el olvido.

FELI.—Margarita ha llorado?

ANDR—Sí.

FELI.—Pues entonces puede comprender y es digna de tu perdon, La mujer que llora una falta es honrada.

ANDR.—Imposible, Felipe, imposible.

(*Andrés cae en el sofá sollozando, Fernanda sale y se dirige al fondo, Felipe la ve y vá hácia ella.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, FERNANDA.

FERN.—Me ha arrojado..... Quiero irme.

FELI.—Todavia no.

FERN.—No me quiere ver..... dice que le he engañndo..... no cree que le escribí una carta.

FELI.—Una carta..... ah! sí..... aquí la tengo.

FERN.—Gracias, asi verá que no le he mentido, adios.

FELI.—No, espere usted. (*Bajando.*) Andrés.

ANDR.—Voy á abandonar esta casa y á dejarte mis instrucciones.

FELI.—Es lo que debes hacer. Yo entablaré la demanda de separacion.

ANDR.—Y la obtendrás?

FELI.—Quien lo duda..... hay tantos motivos.

ANDR.—Y sobre todo ella me ha engañado.

FELI.—Y como no faltan pruebas..... Tenemos nada menos que una confesion escrita por ella misma.

ANDR.—Por ella?

FELI.—Sí, una carta.

ANDR.—A quién? á mí?

FELI.—Interceptada por Clotilde, á quien se la quité.

ANDR.—Conque es cierto? Ella me habia escrito?

FELI.—Sí, el mismo dia que te casaste.

ANDR.—Ahora recuerdo..... será una carta que Teresa me dió al subir la escalera y que Clotilde me pidió.

FELI.—Figúrate cuando yo lea en el tribunal esto: «Señor: me han dicho que usted no ignora mi pasado y que quiere olvidarlo.....

apenas puedo creer tanta generosidad. La conciencia de lo poco que valgo se subleva hoy, mas fuerte que nunca, para herirme con el contraste de lo que soy y de lo que podia ser.»

«Tal vez, señor, llegue un dia en que usted se arrepienta de esta buena accion.»

Pobre..... al fin es honrada.

«Pero si usted cree que el arrepentimiento puede regenerar á una mujer, mi gratitud será eterna, mi cariño, mi dedicacion á servirle serán la mejor recompensa.» (*Fernanda se ha acercado poco á poco, Andrés ha dejado de leer con Felipe y ha ocultado su rostro entre las manos, Felipe entrega la carta á Fernanda que sigue leyendo con una emocion progresiva*).

FERN.—(*Leyendo.*) «Yo no soy lo que tal vez piensa el vulgo, yo he vivido enmedio de la corrupcion sin quejarme; ah! pero cuantas lágrimas he derramado, cuanto he sufrido y cuanto sufro por una falta de la que no soy culpable, y por un pasado que detesto y quiero borrar con mi llanto.»

«Si no es mentira que usted me quiere elevar hasta ser su esposa, no me diga usted nada, yo comprenderé su silencio y lo bendeciré desde el fondo de mi alma; si no, aceptaré mi condenacion sin murmurar, pidiendo perdon por haber inspirado un cariño que no merezco.» (*Cae sollozando de rodillas, Andrés la vé.*)

ANDR.—Margarita, esposa mia..... levántate..... señora en mis brazos!

FELI.—Bravo! bravo! la cabeza suele hacer muy buenos discursos, pero vale mas un grito del corazon! (*Telon rápido.*)

FIN.

NOTA.

El Sr. D. José Valero y Villavicencio, única persona que tiene autorizacion para representar esta obra en los teatros que guste, está encargado para hacer efectivo el cobro de los derechos que cause su representacion en los teatros de España y sus poseciones ultramarinas.